

VI.

Miss Howard, ya fuese por vengarse del abandono de Madox, ó ya cediendo á aquella imperiosa necesidad de afectos que el músico le habia echado en cara, y que realmente existia en ella, aceptó desde el dia siguiente los homenajes de Durham, gentil-hombre de cámara de su abuelo.

Por desgracia suya, Durham valia ménos que su antecesor; ambicioso y duro, sujetó bien pronto á Catalina á sus tiránicos caprichos y la hizo derramar muchas y amargas lágrimas.

Durham poseia tambien una bella figura; sus hermosos y grandes ojos negros, llenos de fuego, se abrian bajo una frente ancha y elevada, morena por el sol de Escócia; sus facciones todas eran enérgicas y pronunciadas, pero estaban llenas de armonía; vestia con gusto y riqueza, y era, en fin, una conquista que podia, si no hacer dichosa á Catalina, porque jamás lo es el amor culpable, al ménos balagar su amor propio.

Por su parte aquel hombre fogoso, arrebatado y

duro, amaba á la jóven con ese amor profundo y exclusivo del sér excesivamente fuerte al sér muy débil; sus homenajes fueron dirigidos al principio por la ambicion, y llegó á creer que el Duque le daría á su nieta por esposa; pero despues que la conoció por sus íntimas relaciones, que pudo apreciar la inocencia del alma que la jóven habia conservado en medio del libertinaje, y la adorable bondad de su corazon; sus miras codiciosas dejaron lugar á una pasion verdadera y profunda.

Pero Miss Howard temblaba á la sola idea de unirse con lazos eternos á aquel hombre duro y violento; siempre que él le hablaba de casarse, la jóven huia la conversacion, y no pocas veces le respondió estas palabras:

—¿Qué falta nos hace casarnos? Yo creo que la cadena de matrimonio pone fin al amor; vivamos así, y no pidamos más al porvenir.

Entre tanto, la vieja Duquesa de Norffolk habia reparado en la creciente hermosura de su nieta, y la llamaba alguna vez á su presencia, regalándole joyas y ricos trajes y adornos; y en la sociedad de la Duquesa fué donde Catalina empezó á desear elevarse á la clase en que habia nacido, y donde empezó á detestar la abyeccion en que durante tantos años de su vida la habia tenido sumergida el abandono de sus parientes.

Sin embargo, la pobre niña no sabia aborrecer; á

pesar del dolor que invadia su alma al recordar que habia sido víctima, casi desde la cuna, de la más culpable seduccion, jamás acusaba á sus parientes y se limitaba á llorar en silencio y á decirse en voz baja:

—¡Cuán desgraciada soy!

Poco á poco, y casi insensiblemente, se fué separando de la sociedad de los criados de sus abuelos, y de este modo, dejó de ver á Madox, viviendo más tranquila porque verdaderamente le habia amado con toda su alma.

Pronto corrió la voz de la peregrina hermosura de la jóven, y el frio y silencioso palacio de Norffolk volvió á animarse con la asistencia de los jóvenes de la primera nobleza.

—Me han dicho que teneis una nieta hermosísima, dijo un día el rey al anciano Duque.

—Es bastante linda, en efecto, respondió éste; pero tal vez han exajerado á V. M.

—Desearia verla.

—Cuando V. M. se digne concederle este honor, traeré á Catalina.

El rey, preocupado con sus horribles venganzas conyugales, olvidó aquel deseo que murió casi al mismo tiempo de nacer.

Entre tanto, Madox volvía á amar á Catalina desde que habia desaparecido de su vista.

Era una de esas naturalezas viciadas que sólo

aman lo imposible, y que se hastian de todo lo que está al alcance de su mano.

Conforme Catalina iba encumbrándose, se alejaba de él. Al recobrar su rango, se elevaba sobre el de su antiguo amante, y éste empezaba á conocer el tesoro que, por su culpa, habia perdido.

En su pena entraba, por lo ménos, tanto de ambicion como de amor, y en la soledad de sus noches, se decia que hubiera podido casarse fácilmente con la hermosa y rica nieta del Duque de Norffolk.

Comenzó á seguirla, á asediarla, á esperarla en la galeria cuando iba á la capilla, y el corazon de la jóven volvió á agitarse con los recuerdos de su perdido amor.

Pero este cambio no podia escaparse á las miradas recelosas de Durham. Apercibióse de lo que pasaba, y pidió una audiencia al Duque.

—Señor, le dijo, he solicitado la honra de hablaros para pedir os otra mayor, y de la que depende la felicidad de toda mi vida.

—Habla, Durham, contestó el Duque. Ya sabes que te estimo y que deseo complacerte.

—Pues bien, milord; concédame vuestra gracia la mano de Miss Howard.

El anciano retrocedió como si hubiera pisado una serpiente.

—¡Qué es lo que oigo! exclamó: ¿te atreves tú, vil servidor, á aspirar á la mano de mi nieta?

—Señor, respondió el gentil-hombre, me atrevo á tanto porque nos amamos.

—¡Mientes! Catalina no puede amar á un hombre de tu clase.

—Sin embargo, milord, hace ya tres meses que tenemos relaciones bastante íntimas, repuso Durham, cuyo carácter duro se exasperaba con las dudas del Duque acerca de sus amores con Catalina; y es extraño, añadió, que esto admire á Vuestra Gracia, por cuanto habiendo vivido tanto tiempo entre nosotros, no podia suceder otra cosa.

—¡Insolente! gritó el Duque; salal instante de mi casa.

—Voy á obedecer á milord; pero ántes debo decirle que Miss Howard ha vivido dos años en trato amoroso con Edwar Madox, músico y gentil-hombre de Su Gracia, la señora Duquesa, y que sus relaciones, rotas cuando me conoció á mí, parecen próximas á reanudarse. Madox fué el sedutor de Miss Howard, y yo le sucedí.

Dichas estas palabras, Durham se inclinó delante del Duque y salió de su habitacion, donde tan orgullosa y confiadamente habia entrado.

El soberbio anciano quedó en un estado de ira difícil de pintar.

Figurábasele que la córte entera iba á saber en breve su mengua, y por dos ó tres veces se le ocurrió la idea de encerrar á Catalina en uno de sus castillos, y tenerla prisionera en él hasta el fin de su vida.

Parecióle, sin embargo, esta correccion demasiado dulce, y fué á buscar á la Duquesa.

—No desmiente la sangre que tiene, dijo ella, y me parece, en efecto, castigo muy leve el encerrarla en un castillo señorial; volvedla á la oscuridad y á la miseria de donde en mal hora la saqué cumpliendo vuestros deseos; volvedla allí y que no salga de la cabaña de Eric más que para el sepulcro; no podeis hacer cosa mejor; pierda su rango la que no ha sabido conservarlo ni hacerse digna de él.

VII.

Eran las ocho de una lluviosa y fria noche de invierno, cuando el palacio de Norffolk abrió su antigua y pesada puerta de maciza encina y dió paso á una litera exculpulosamente cerrada con cortinas y llevada por dos hombres fuertes y robustos.

Por sus trajes toscos, se conocia que no pertenecian á la servidumbre de la casa del Duque, sino que que más bien eran labriegos llamados allí para cumplir algun servicio.

Trás de la litera salió un caballero de gallarda estatura y hermoso rostro; aproximóse á uno de los costados, separó uno de los pliegues de seda de la cortina, y dijo, con un dolor mal reprimido, y en el que habia algo de colérico.

—¡Y qué! ¿Os destierran al fin?

—Ya lo veis, Madox; respondió desde el fondo de la litera la dulce voz de Catalina; me arrojan de aquí. Mis abuelos no han querido verme, á pesar de mis súplicas.

Las lágrimas ahogaron su acento; despues de una pausa, continuó:

—Yo no sé qué ha pasado. Esta mañana me levanté tranquila y risueña, y fuí á saludar á mi abuela que me recibió con cariño. ¿Qué ha sucedido, pues? Dicen que Durham salió ayer tarde de casa llevándose todo su equipaje y que no ha vuelto. ¿Me habrá delatado á la Duquesa como amante suya?

—Es indudable, porque está en extremo celoso.

—¿De quién?

—De mí; y ya que esto es cierto, Catalina, ya que sufrís el mal que os ha causado mi amor, permitid que os acompañe y que no rompa la ausencia ni vuestra desgracia, los dulces lazos que nos unen; en vuestra cabaña puedo veros todos los días y podemos amarnos como aquí; los que os han arrojado de esta casa, se olvidarán de vos, puesto que ya está satisfecha su ira.

—¡Ay! Demasiado lo sé, murmuró entre sollozos Catalina.

—Permitidme, pues, que os acompañe, insistió Madox; si tuviera bienes de fortuna, os juro que dejaría mi empleo en casa del Duque y me iría con vos á la cabaña de Eric, donde os conocí y empecé á amaros; pero esto no puede ser y tendré que contentarme con ir á veros cada dia ó cada noche.

—No, Madox, respondió Catalina; dejadme tranquila y olvidadme; necesito calma y sosiego, ade-

más... no quiero ocultarlo, el rango que pierdo es ya preciso para mí; quiero ver si le recobro desarmando á mis abuelos con mi humildad; á nadie veré y tal vez vuelvan á llamarme á Lóndres al cabo de algun tiempo.

—¡Ab, Catalina! ¡Veo que la ambición os domina ya!

—Tal vez tengais razon y tal vez os engañeis, repuso la jóven; yo misma no sé darme cuenta de lo que pasa en mi alma; pero os aseguro que, si supiera que habia de vivir siempre en la pobreza y en la oscuridad, preferiria morir. Adios, Madox, prosiguió la jóven, sed feliz y olvidadme; no vayais á la casita blanca de Eric, porque podríais hacer mi suerte más desgaciada.

La jóven hizo una señal al decir estas palabras, y la litera, que se habia detenido, se puso en movimiento conducida por los dos gañanes, que, silenciosos y sombríos, como si hubieran sido de piedra, no pronunciaban una sola palabra.

Poco tardaron en llegar á orillas del lago; llamó uno de ellos á la puerta de la casita, y la voz cascada de Eric preguntó desde adentro llena de susto:

—¿Quién va?

—Abrid, madre mia, dijo Catalina saltando al suelo.

—¡Dios de los buenos! ¿Qué es lo que oigo? murmuró la anciana. ¡Catalina aquí!

—¡Sí, yo soy!

Abrióse la puerta, y la anciana abrazó á la que la

llamaba nodriza por ser madre de la que la habia amamantado.

Eric habia cambiado poco; llegada á ese grado de vejez que ya parece el último, apenas se conocia la rapidez con que descendia al sepulcro.

Los dos hombres volvieron á salir con la litera, y la anciana y la joven quedaron solas.

—¡Ah, Dios mio! ¡Qué hermosa estás, exclamó Eric uniendo sus manos con admiracion; mucho más hermosa que cuando me dejaste! ¡Pareces un ángel!

—¿De veras, mi buena madre? preguntó Catalina mirándose á un espejo y sonriéndose de una manera que decia muy claro que habia olvidado todas sus penas. ¿Es cierto que os parezco hermosa?

—Jamás, hija mia, han visto mis ojos belleza igual á la tuya.

—¡Ay! ¡De cuán poco me ha servido! exclamó con tristeza Catalina; héme aquí, mi buena madre, arrojada del palacio de mis abuelos y abandonada de nuevo á mi desventurada suerte.

—Tu suerte será tan brillante, que causará admiracion á las más elevadas damas del reino, dijo Eric alzando al cielo los ojos con expresion inspirada y profética; no marchites llorando tu belleza, y espera!

Catalina se retiró á su antiguo aposentillo, y se durmió muy pronto con la cabeza llena de las más bellas y halagüeñas esperanzas.

VIII.

Algunos meses pasaron.

Un día Catalina que esperaba, aburriéndose, el cumplimiento de la prediccion de Eric, oyó trompas de caza y corrió á la puerta de la cabaña.

Oyó de lejos una cabalgata, pero no vió á nadie y se sentó tristemente á la puerta, en el mismo sitio donde se hallaba la noche en que fué á buscarla Madox de parte de su abuela, y en que habia partido á la grupa de su caballo.

Miss Howard pensaba con amargura en lo poco que hay que fiar en el corazon de los hombres.

El suyo se habia gastado; pero, sin embargo, su orgullo se afligia de la facilidad con que sus dos amantes se habian consolado de su pérdida.

Ni Madox, ni Durham habian hecho la menor tentativa para volver á verla en su destierro.

Es verdad que ella misma se lo habia prohibido al último; pero, ¿debia éste conformarse tan fácilmente con la prohibicion?

¡Jamás lo hubiera creído Catalina!

He dicho que su corazón estaba gastado y marchito, y lo estaba hasta un extremo tal para el amor, que pudiera creérsele muerto, á la edad en que el de las demás mujeres aún no ha despertado.

Sus sueños se concretaban á la vanidad, al lujo.

Catalina se decía que soportaría con ménos trabajo á aquel de los hombres que más la elevase sobre las demás mujeres.

Así discurría, cuando oyó el galope de un caballo, y muy pronto salió un caballero de la espesura de un bosque inmediato.

Su traje era espléndido, y no lo eran ménos los arreos de su caballo blanco, que venía cubierto de sudor.

—Hermodiosa niña, ¿querríais darme un poco de agua? dijo á Catalina con acento suplicante; me he perdido y voy muerto de sed y de cansancio.

—Entrad á descansar aquí, milord, dijo Catalina, y yo tendré á mucha merced serviros agua fresca y algunas frutas.

El caballero se apeó y siguió á la jóven mirándola como absorto á pesar de su fatiga.

Todo le encantaba en ella; su porte, su hermosura, su voz, la gracia y dignidad de sus maneras.

En cuanto á él, parecía tener de treinta á treinta y dos años; su rostro simpático, animado y lleno de regularidad, manifestaba que había nacido con pasiones fuertes y enérgico carácter.

Eran negras sus cejas, sus pestañas y su barba, que llevabâ rizada y cuidada con cierta majestad templada y digna; su frente era ancha y elevada; su nariz aguileña; todas sus facciones nobles y hermosas.

Llevaba al cuello un hermoso collar de oro, como los grandes señores de la córte del rey, y en la toca una pluma de garza real, prendida con un broche de diamantes.

Catalina aproximó una mesita y puso en ella un plato con frutas y una copa de barro, llena de agua fresca y pura, que fué á tomar de la cascada del bosque.

—Gracias, hermosa niña, dijo el caballero después de haber tomado una fruta con aquella continencia de apetito propia de la clase elevada, y después de haber bebido con ánsia el agua; decidme vuestro nombre, que siempre pronunciaré con gratitud.

—Me llamo Catalina, milord, contestó la jóven, que sin duda no tuvo por conveniente decir su apellido.

—¿Vivís aquí?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Con aquella anciana.

Y Catalina mostró al caballero á la vieja Eric, que dormitaba según costumbre.

—¿Sois dichosa?

—¡Ay, no! suspiró Catalina; la soledad me entristece!

—¿Es vuestra madre aquella anciana?

—No, milord.

—¿Vuestra abuela?

—Tampoco; es la madre de mi buena nodriza, que ya murió.

Reinó el silencio durante algunos instantes.

El caballero fué quien volvió á entablar el diálogo.

—¿Me permitireis que venga á veros alguna vez?

—Seré en ello muy dichosa, respondió Catalina, mirando con ternura al caballero.

—¿Y no regañará por ello esa anciana?

—No, milord.

—¿Luego sois dueña de vuestras acciones?

—Enteramente; pero, ¿de qué me sirve esa libertad? Mis acciones, milord, se reducen á peinar y sentarme donde me habeis hallado; la soledad y el tedio se disputan mi vida.

—¡Pobre niña! murmuró el caballero.

Después, y al tiempo de volver á montar, añadió:

—Volveré en breve; acordáos de mí.

—No os olvidaré.

—Ni yo tampoco, porque llevo grabada vuestra imágen en mi corazón.

Catalina dirigió al caballero una dulce sonrisa.

El brillante Madox habia enseñado á la jóven el arte de la coquetería.

El caballero contestó á aquella sonrisa haciendo una señal de despedida con la mano, y partió con direccion á Lóndres, no sin haber vuelto muchas veces la cabeza para mirarla, hasta que la distancia se lo impidió.

La jóven volvió á caer en su asiento trémula de emocion.

—¡Ah! pensó; ¿se cumplirá la prediccion de Eric? ¿Habrá empezado hoy la aurora de mi fortuna? ¿Quién será ese hombre? Sin duda uno de los más poderosos caballeros de la córte. ¡Sí, esperemos! ¡Mañana volverá! Me lo predicen mi corazón y la mirada última que me ha dirigido. Mañana volverá, y ¿quién sabe?...

Catalina, preocupada con mil dulces esperanzas, cerró la puerta de su casita y se fué á acostar.

Era tal su impaciencia por volver á ver al caballero, que anhelaba entregarse al sueño, á fin de que el tiempo se le hiciera lo más corto posible.

IX.

No habían engañado á Catalina sus presentimientos.

El día siguiente pasó sin novedad alguna; pero al cerrar la noche, el caballero incógnito se apeaba á la puerta de la cabaña de Eric.

Catalina no se sobrecogió.

Le esperaba, y era tanta la tenacidad de su esperanza, que habia resistido todo el día, y ni aun las primeras sombras de la noche habian podido arrebatársela.

Eric fué la que hizo un movimiento de sorpresa al ver al visitador de Catalina, cosa extraña en ella, porque ya hacia tiempo que habia empezado á invadir su cansado cerebro el idiotismo de la decrepitud.

Espió con cuidado el instante en que Catalina volvía hácia ella la vista, y le hizo señas de que la siguiese al interior de su pobre casilla.

—¿Qué quereis, madre mia? preguntó Miss Howard.

—Preguntarte si sabes quién es ese caballero.

—No, por cierto, respondió la jóven; ¿cómo queréis que lo sepa?

—Podía habértelo dicho él.

—Me ha ocultado hasta ahora su nombre.

—No importa, porque yo lo sé.

—¡Vos! exclamó admirada Catalina.

—Sí, hija mia, yo; mi marido fué escudero de su padre, y le he visto muchas veces siendo adolescente todavía; la vejez y las penas me han desfigurado tanto, que no me ha reconocido; pero él ha sido dichoso y ha conservado toda su hermosura, que siempre fué extremada.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama? exclamó la jóven con ánsia,

—Se llama lord Arturo, Conde de Essex.

—¡Cómo! ¡Es el Gran Senescal de Inglaterra! dijo la jóven, que habia oido pronunciar muchas veces aquel nombre en las antecámaras del palacio de su abuelo.

—El mismo.

—¡El favorito del rey!

—Justamente; ahora torna á su lado, y no dejes á la fortuna que te vuelva la espalda.

Eric salió de la estancia.

En cuanto á Catalina, permaneció allí como clavada, y pensando en lo que Eric acababa de decirle.

Cuando volvió á donde estaba el Conde, ya habia tomado su decision.

—¡Seré condesa! habia dicho con aquella firmeza que sólo puede nacer de una resolucion suprema.

Milord de Essex vió, sin embargo, aquel blanco rostro tan dulce y sencillo como le habia visto el dia anterior, y no pudo sospechar la ambicion que fermentaba en el alma de Catalina.

La jóven le tenia hechizado; nunca habia visto tanto talento unido á tanta candidez, á tan perfecta gracia.

Catalina le ocultó todo lo que podia perjudicarla en aquella primera entrevista, y sólo hizo alarde de las gracias que le eran naturales, porque fuerza es confesar que era una criatura encantadora.

Cuando se marchó el Conde, ya era muy entrada la noche.

Al lado de Catalina habia olvidado el trascurso del tiempo, y junto á ella dejaba su corazon.

Ella le amaba; lo habia conocido en sus ojos y en su sonrisa, y se juzgaba el más afortunado de los mortales.

Sin embargo, el Gran Senescal del reino habia sido el seductor más despiadado de todas las mujeres hermosas, y eran pocas las que habia en la córte que no tuviesen que llorar su inconstancia ó su desdeñoso olvido.

A la noche siguiente volvió el Conde al lado de la jóven, y volvió cada noche durante un mes.

Al cabo de este tiempo, y ya cuando iba á separarse de ella, le dijo:

—Catalina, ¿quieres ser mi esposa?

A pesar de lo preparada que estaba á escuchar esta pregunta, la jóven no pudo ménos que extremarse de alegría.

—¡Ah, señor! respondió; ¿acaso podeis dudarle?

—Pues bien, mañana por la noche nos unirá un ministro del altar en la aldea inmediata.

El seductor de tantas mujeres honradas, sólo habia pensado en aquella muchacha, casi perdida, para darle su nombre.

La existencia de Catalina, hasta que llegó el ansiado momento de su matrimonio, no puede llamarse tal.

Una impaciencia febril la devoraba.

Creía que iba á escapársele su elevacion, y se decía muchas veces con voz angustiada por la ansiedad y la emocion:

—¡Cuándo llegará, Dios mio! ¡Cuándo llegará!

Al ver la litera en que debian conducirla al templo, casi estuvo para desmayarse de alegría.

Poco despues de la litera, llegó Arturo vestido con la mayor sencillez.

Ambos se dirigieron al templo.

Los dos escuderos del Conde, portadores de la litera, sirvieron de testigos, y Catalina salió de la modesta iglesia Condesa de Essex y Gran Senescala de Inglaterra.

Nada podia imaginarse más encantador que aque-

lla jóven de diez y seis años, envuelta en su blanco vestido de desposada y ocultando su emocion bajo su diáfano velo, á través del cual se divisaban los sedosos y esposos bucles de sus cabellos.

El Conde la miraba y se llamaba dichoso, ignorando ¡ay! que habia dado el primer paso para su perdicion.